

que mucho se hacía temer el esposo de la bella Crimilda. En tan elevado honor vivió durante diez años que hizo justicia con la corona ceñida. En tanto la hermosa reina tuvo un hijo de lo que resultó gran satisfacción para todos los parientes del rey.

Se apresuraron á bautizarlo poniéndole por nombre Gunter como á su tío; no debía avergonzarse de llamarse así. Feliz él si se le llegaba á asemejar; lo educaron con gran cuidado como tenía que suceder.

Por aquel tiempo murió la señora Sigelinda; la autoridad en el país fué entonces de la noble hija de Uta, como convenía á reina tan poderosa. Mucho lloraron sin embargo á la que la muerte acababa de arrebatar.

También en las orillas del Rhin, según hemos oído contar, la hermosa Brunequilda dió un hijo al rico Gunter en el país de los Borgoñones. Por el amor al héroe, le pusieron por nombre Sigfrido.

¡Con gran cuidado lo atendían! El poderoso Gunter le dió un preceptor que debía inculcarle todas las virtudes para cuando fuera hombre. ¡Oh! desde entonces la adversidad le hizo perder muchos amigos.

Constantemente se oía hablar de la vida feliz que los guerreros tenían en el país de Sigemundo. Pero bien sabido tenemos que de igual modo vivía Gunter con los suyos.

El país de los Nibelungos se hallaba sometido á Sigfrido, (ninguno de sus parientes había sido tan rico como él) así como también el héroe Schilbungo y sus dominios. Elevados eran los ánimos del héroe.

El valeroso caballero poseía un tesoro más grande que todos los que hasta entonces habían poseído los hombres. Por la fuerza de su brazo lo había ganado al pié de una montaña, y en aquella ocasión dió muerte á más de un bravo guerrero.

Disfrutaba de grandes honores y no hubiera ocurrido nada; se podía haber dicho que aquel guerrero era el más feliz de los que hasta entonces habían montado á caballo. Mucho se temía su fuerza y no sin motivo.

XII.

DE COMO GUNTER CONVINO Á SIGFRIDO Á SU CORTE.

Asi pensaba todos los días la reina Brunequilda. «Muy altiva se manifiesta siempre la señora Crimilda! Su esposo Sigfrido, es vasallo nuestro: mucho tiempo hace que no ha venido á prestarnos homenaje.»

Esto lo tenía en el corazón aunque guardaba silencio; para ella era gran pena que permanecieran ausentes tanto tiempo y hubiera querido saber por que los príncipes no iban á su país.

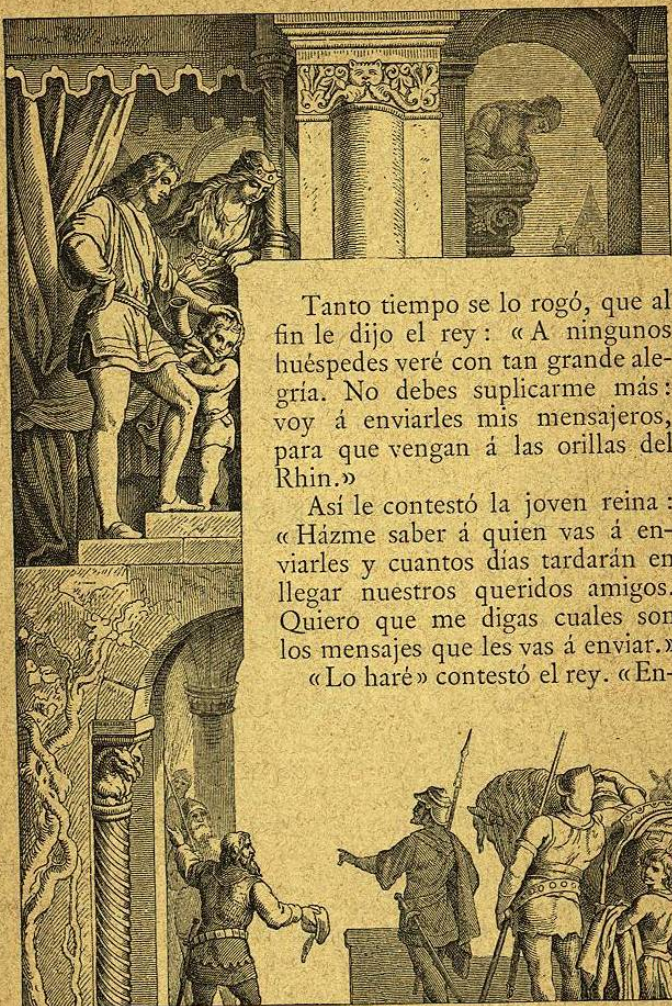
Preguntó al rey si no le sería posible volver á ver á Crimilda; le habló en secreto de lo que pensaba, pero al rey no le pareció bien lo que su mujer le decía.

«¿Cómo los haríamos venir hasta este país?» preguntó el rey: «esto me parece imposible. Ellos reinan muy lejos de aquí y no me atrevo á invitarlos.» Brunequilda le contestó con grande arrogancia.

«Aunque fuera más rico y más valiente, como vasallo del rey debe ejecutar lo que su señor le mande.» En tanto que decía esto, Gunter sonreía. Nunca se hubiera atrevido á reclamar servicio de Sigfrido.

Ella continuó. «Amado señor, para agradarme haced venir hasta aquí á Sigfrido con vuestra hermana para que pueda volverlos á ver. Nada de la tierra podría serme tan agradable.»

«Pensando en las virtudes de tu hermana, se ensancha mi alma, y también al recordar cuando estábamos juntas en el tiempo en que fuí tu esposa! Con razón puede y debe amar al fuerte Sigfrido.»



Tanto tiempo se lo rogó, que al fin le dijo el rey: «A ningunos huéspedes veré con tan grande alegría. No debes suplicarme más: voy á enviarles mis mensajeros, para que vengan á las orillas del Rhin.»

Así le contestó la joven reina: «Házme saber á quien vas á enviarles y cuantos días tardarán en llegar nuestros queridos amigos. Quiero que me digas cuales son los mensajes que les vas á enviar.»

«Lo haré» contestó el rey. «En-

viaré á treinta de mis hombres.» Los hizo llamar luego y les ordenó llevaran el mensaje al país de Sigfrido. En su alegría la señora Brunequilda les regaló muchos vestidos.

El rey les dijo: «Guerreros míos, decidles en mi nombre al fuerte Sigfrido y á mi hermana, que los invito á que vengan aquí y decidles que nada en el mundo me será tan grato como verlos.»

«Procurad decidirlos á que ambos vengan á las orillas del Rhin: yo y Brunequilda les quedaremos agradecidos para siempre. Antes de que llegue el estío habrá aquí muchos hombres para que á él y á los suyos les hagan honor.»

«Llevad también mis cumplimientos al rey Sigemundo y decidle que yo y mis parientes le estamos siempre agradecidos; á mi hermana le diréis que no deje de venir á ver á sus amigos; nunca se encontrará en mejor fiesta.»

Brunequilda y Uta y muchas de las mujeres que allí estaban, enviaron sus saludos á muchas de las hermosas mujeres que estaban en el país de Sigfrido y á muchos hombres valientes. Los mensajeros marcharon á cumplir las órdenes del rey.

Estaban preparados para el viaje y habían recibido caballos y vestidos: salieron del país y manifestaban gran prisa por llegar al término de su destino. El rey había mandado que los acompañara una numerosa escolta.

En tres semanas llegaron al país donde se hallaban los Nibelungos. Encontraron al héroe en la Marca de Noruega. Los caballos y las gentes estaban fatigados del viaje que habían hecho.

Corrieron á decir á Sigfrido y á Crimilda que habían llegado unos guerreros trayendo trajes como los que se usaban en el país de los Borgoñones. Al escuchar esto la reina saltó del lecho en que reposaba.

Mandó á una de sus damas que se asomara á una ventana: ella vió desde allí al fuerte Gere en medio del patio seguido de los compañeros que habían ido con él. Después de tan gran pena ¡cuál sería la alegría de su corazón!

Así le dijo al rey: «¿Veis á los que han llegado á la corte con el bravo Gere enviados por mi hermano Gunter desde las orillas del Rhin?» El fuerte Sigfrido le contestó: «Que sean muy bien venidos.»

Todos los servidores corrieron á donde estaban. Cada uno por su parte dijo á los mensajeros las frases mas amis-

tosas que se les ocurrieron. Por la llegada de ellos estaba muy alegre el rey Sigemundo.

Dieron alojamientos á Gere y á los que le habían acompañado y cuidaron de sus caballos. Después los mensajeros fueron á donde estaban el señor Sigfrido y Crimilda. Así lo hicieron, por que los invitaron á entrar en el palacio.

El jefe y su esposa los saludaron con la mano. Muy bien recibidos fueron el Borgoñon, sus compañeros de armas y los hombres del rey Gunter. Rogaron al margrave Gere que ocupara un asiento.

«Permitid que demos nuestro mensaje antes de sentarnos; es conveniente que los extranjeros permanezcan de pié á pesar de la fatiga del camino: os diremos lo que nos han encargado Gunter y Brunequilda que se hallan bien.»

«Lo mismo sucede á la señora Uta vuestra madre, al joven Geiselher y al señor Gernot y á todos los demás parientes que nos han enviado aquí, y os envían sus saludos desde el país de Borgoña.»

«Que Dios se lo recompense» contestó Sigfrido «tengo gran confianza en su afección y fidelidad como en la de un amigo. Así lo hace también su hermana; ahora haznos saber ¿cómo pasan la vida nuestros queridos parientes?»

«Desde que nos hemos venido de allí ¿ha molestado alguien alguna vez á los hermanos de mi mujer? Contéstame á esto. Quiero ayudarles siempre fielmente á rechazar todo ataque, y sus enemigos temblarán ante mis hazañas.»

Así le contestó el margrave Gere, el buen caballero. «Todos están en virtud, gloria y honor. Ellos os invitan para una fiesta en el Rhin; no dudéis de que os verán con gran placer.»

«Ruegan que vayáis con vuestra esposa, cuando el invierno termine, pues desean veros antes de que llegue el verano.» El fuerte Sigfrido le contestó: «Muy difícil es que lo podamos hacer.»

Pero Gere el del país de Borgoña le dijo: «Vuestra madre Uta con Gernot y Geiselher os ruegan que no rehuséis. Siempre están muy tristes á causa de lo lejos que vivís.»

«Brunequilda mi reina y todas sus damas, esperan con ansiedad veros, y en ello tendrán grandísima satisfacción.» Grande alegría causó esta noticia á la hermosa Crimilda.

Gere era primo suyo: el jefe lo hizo sentar; sin pérdida de tiempo distribuyeron bebidas á los huéspedes. Sigemundo que había visto á los mensajeros, se acercó, y el rey dijo así á los de Borgoña.

«Bien venidos seáis, guerreros, hombres del rey Gunter. Desde que mi hijo Sigfrido tomó á Crimilda por esposa, debíamos haberos visto con más frecuencia por este país para que la amistad reinara entre nosotros.»

Ellos contestaron que si así lo quería vendrían con gusto y que la satisfacción haría olvidar el cansancio. Hicieron sentar á los mensajeros y les trajeron alimento. Sigfrido hizo dar á los huéspedes abundantes manjares.

Les fué preciso permanecer allí nueve días. Al fin los atrevidos guerreros se quejaron de no poder volver á su país. El rey Sigfrido había enviado á buscar á sus amigos.

Les dijo: «¿Qué debo hacer? ¿voy al Rhin? Gunter mi amigo y sus hermanos me convidan á una fiesta: yo iría con mucho gusto, si su país no estuviera tan distante.»

«Ruegan á Crimilda que vaya también conmigo. Aconsejadme, amigos míos, ¿debo ir? Aunque tuviera que atravesar treinta reinos al frente de un ejército, la mano de Sigfrido los servirá bien hasta el fin.»

Así le contestaron sus guerreros: «Si piensas hacer el viaje para asistir á la fiesta esto es lo que tienes que hacer: es necesario que lleves mil guerreros que vayan contigo al Rhin para que no perezcaís desairado en Borgoña.»

Así dijo el rey Sigemundo del Niderland: «Si vas á la fiesta ¿porqué no me lo haces saber? Yo quiero ir contigo y llevaré cien héroes que aumenten los que tú llevas.»

«De que quieras venir conmigo, amado padre» le dijo el fuerte Sigfrido «estoy muy contento. Dentro de doce días saldré del país.» A todos los que lo desearon dieron caballos y vestidos.

Teniendo intención de hacer el viaje el noble rey, despachó á los rápidos y buenos héroes. Hizo decir á los

hermanos de su mujer, que vivían en el Rhin, que con mucho gusto acudiría á la fiesta.

Sigfrido y Crimilda, así lo hemos sabido, dieron tantos regalos á los mensajeros que los caballos no podían con ellos; era un hombre muy rico. Con gran alegría llevaban delante de sí las bestias de carga.

Sigfrido y Sigemundo se apresuraron á dar trajes á sus hombres. Eckewart, el margrave, hizo buscar los más ricos trajes de mujer que pudieran encontrarse en el país de Sigfrido.

Comenzaron á prepararse los escudos y las monturas. A los caballeros y á las damas dieron todo lo que quisieron pedir á fin de que nada les faltara. Deseaban ir á ver á sus amigos con muchos hombres distinguidos.

Los mensajeros apresuraron su marcha para volver pronto. Gere, el distinguido héroe, llegó al país de Borgoña donde fué bien recibido: todos descendieron de los caballos y hacanéas, ante el salón de Gunter.

Las jóvenes y los viejos acudieron para saber noticias. Así dijo el buen caballero: «Lo que voy á decir al rey lo sabréis bien pronto.» Y se dirigió con sus compañeros á donde estaba Gunter.

El rey en su alegría abandonó el asiento y gracias le dió por su pronto regreso la hermosa Brunequilda. Así les preguntó á los mensajeros: «¿Cómo está Sigfrido, de quien he recibido tantas pruebas de cariño?»

El fuerte Gere respondió: «Se pusieron rojos de alegría él y vuestra hermana. Nunca un hombre envió á sus amigos palabras tan cordiales como las que á vos envían Sigfrido y su padre.»

La rica esposa del rey dijo al margrave: «Decidme, ¿cómo está Crimilda? Su hermoso cuerpo conserva los encantos que tanto llamaban la atención?» Él le respondió: «Ella vendrá en compañía de muchos héroes.»

Uta rogó á los mensajeros que fueran donde ella estaba. Hubieran podido adivinarse sus preguntas sin esperar lo que quería saber. «¿Está Crimilda buena? ¿cómo la habéis encontrado? ¿tardará muchos días en venir?»

No ocultaron nada en el palacio de lo que en trajes y

oro les había dado Sigfrido y lo hicieron todo ver á los hombres de los tres príncipes. Mucho alabaron su generosidad.

«Para él», dijo Hagen, «hacer regalos no es cosa difícil; no podría disipar todo lo que tiene aunque viviera siempre. Bajo su real poder tiene el tesoro de los Nibelungos. ¡Oh! así en algún tiempo pueda venir á Borgoña!»

Todos se alegraron de que los héroes hubieran regresado á la corte. Constantemente la gente se encontraba en actividad y comenzaron á preparar muchos asientos para los señores.

Hunoldo el tuerte y Sindoldo el héroe tenían gran trabajo: el uno era escudero de la mesa, el otro copero y tuvieron que preparar muchos bancos; Ortwein vino á ayudarlos; Gunter le dió las gracias.

Rumoldo, jefe de las cocinas, dirigía perfectamente todo lo que tenía á su cuidado: muchas cacerolas y grandes calderas se veían allí preparadas! Era menester disponer los viveres para todos los que habían de venir al país.

El trabajo de las mujeres no era menor: ellas preparaban los trajes en los que la pedrería brillaba refulgentemente entre el oro. Cuando se vestían, todos las miraban con alegría.

